

de colocarse a la derecha de algún guarismo crecido. Por eso se preocupa de la opinión en que lo tengan los demás; págase de los elogios de la prensa y se infla con las alabanzas de las comadres del vecindario. Como no puede erguirse, trata de denigrar. Así cree que todos quedarán a su misma estatura moral, sin acordarse de que quien ha sido puesto en cuclillas, le sobrepasará en el momento en que empiece a molestarle tan incómoda posición. El mayor de sus dolores es el bien ajeno, lo cual lo induce a quebrarse en elogios de los miopes y rebajar a quienes poseen, en la altura, mirada aguileña. No concibe más sabroso placer que el mal del vecino porque le da ocasión de igualarlo en cierto modo. Mas, para hacer daño, nunca emplea la injuria, que al fin requiere algún valor opuesto a su pálido miedo; no, la maledicencia subterránea es la más filosa de sus armas: la calumnia lo eleva.

En ninguna ocasión ve hacia la lejanía incógnita. Anda de espaldas, mirando hacia atrás, y con el objeto de evitar caídas, lleva un cristal luciente que le concede adivinar una ínfima parte del horizonte. He aquí por qué ama el triunfo efímero. Sería incapaz de gritar con el poeta:

la adversidad podría  
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

Ama el triunfo efímero porque es fácil de conquistar, como que lo da el vulgo, porque es una mentira que aporta vanas creces como todo lo que da el vulgo. En cambio, la gloria es el licor de los elegidos. La dan los elegidos a fuerza de esfuerzos. La dan sin regateos. Pero tarde. Amar el triunfo plebeyo, es tanto como esperar limosnas morales: el envidioso es un mendigo. De tanto recibir la caridad anímica forma capital. Sólo que se olvida de que la sociedad se cansa pronto de dar y entonces tiene que gastar lo acumulado hasta quedar en la inopia puesto que le faltan músculos mentales para conservar la fingida riqueza. Entiende que nada puede girar al porvenir, lo cual, pues, lo obliga a aceptar lo que

quieran darle en la moneda relativa del espíritu.

No anhela ser bueno. Tampoco malo. Necesita parecer, parecer magnífico, resaltar por menos oscuro sobre la negrura del descrédito de los próximos.

Tiene resplandores de juego piro-técnico, una vez apagados sólo queda de él la armazón buida y negra.

Al envidioso, Tartufo le enseñó la cartilla.

Y no se aparta un punto de la orientación de aquella sombra maléfica, en la que Moliere puso las palabras más bellas encubriendo los más asquerosos actos.

Ha hecho este cálculo que sólo en su mente, basurero de todo lo bajo, tiene valor. «Es verdad que mi hermano está mejor constituido cerebralmente que yo, pero en cambio, yo gozo de más extensa honestidad».

Y allí teneis que a nadie cede moralidad, en vista de que los hombres de veras grandes y libres se ajustan al dictado supremo de la Naturaleza desechando el reglamento de convencionalismo que la canalla intelectual ha forjado para uso propio, y al que quiere someter, en vano, a los que huyeron de ella a grandes pasos, con los sancos de la superioridad.

Para el envidioso nada existe excelso. A los hombres divinizados los juzga de esta manera: Sócrates fué un imbécil cuando se envenenó; Epicteto un enano erguido en la punta de los pies; Cristo un judío vendedor de parábolas; Francisco, el de Asís, un loco que como dió lo que tuvo pudo haberse echado el trabuco a la cara si el desequilibrio le ataca otra circunvalación; Cervantes un ladrón; Verlaine un borracho que un cortejo de bohemios pretende sentar a la diestra de Homero.

El envidioso carece de amigos; tiene, sí, a más de la odiosidad común, un enemigo formidable: él mismo. Por eso esquiva la soledad; la odia. Y al buscar el trato social se hace el vacío porque envenena, sus labios destilan veneno. Ha confundido la ironía que es la espuma de la gracia, claridad que